

José Marzo

# El paso

ACVF EDITORIAL  
MADRID

*Diseño de la colección:*

*La Vieja Factoría*

*Ilustración de cubierta: equipo de diseño de La Vieja Factoría*

*Lectura de prepublicación:*

*Lola Coya.*

*Primera edición: enero 2010*

*segunda edición: agosto 2014*

© José Marzo, 2001-2004, 2010, 2014

© ACVF EDITORIAL, 2014

[www.acvf.es](http://www.acvf.es)

ISBN: 978-84-936273-7-9

Impresión digital bajo demanda. También disponible en *ebook*.

*Una abeja amarilla y negra al calor del estio,  
junto a un manantial.*



## 0. El movimiento

Yo pertenezco a la rara estirpe de personas que, por vocación, cada día caminan un promedio de dos horas. Pero, salvo en el rasgo de la vocación, estos pasos en lo básico no me distinguen de los de cualquier mamífero terrestre. También una vaca camina mecánicamente, por ejemplo para desplazarse a la zona del prado donde el pasto es más abundante.

Un paso específicamente humano, aunque primitivo, es el simbólico. Enseguida acude a la mente el paso televisado que Neil Armstrong dio en la Luna el 21 de julio de 1969. En realidad, nada fundamental habría cambiado si Armstrong hubiera puesto en la Luna la cabeza y no el pie, o si se hubiera enredado al salir de la escotilla, cayendo de espaldas. Lo importante es que, tras miles de años de ciencia y política, la humanidad demostró en la segunda mitad del siglo xx haber adquirido conocimientos científicos y capacidad organizativa y económica suficientes para lanzar una nave tripulada fuera de la Tierra, posarse en un satélite, recoger y enviar información y regresar.

Pero existe un tipo de paso humano que, además de sencillo, considero más inteligente y verdadero. Por ejemplo

el paso que damos para situarnos en un lugar más adecuado desde el que observar y evaluar una escena. O el del hombre que penetra en la comisaría para acusarse de un asesinato. O el del niño que, a la entrada del colegio, decide irse al parque a jugar al fútbol. O el del soldado que durante la noche salta de su catre y deserta del ejército. No son pasos mecánicos, ni simbólicos, ni regulares, sino pasos concretos no previstos, que responden a una pluralidad de opciones, nacen de la inquietud y producen un cambio en la biografía de sus protagonistas, y a veces, excepcionalmente, en la historia universal.

Algunas personas consideran peligroso este ejercicio de inquietud. Tanto, que incluso se han creado sistemas filosóficos que pretendían negar la existencia de la pluralidad y del cambio, del movimiento.

Podemos afirmar que no lo han conseguido.

## 1. Los senderos de la experiencia

He llegado a la conclusión de que los mejores frutos del humanismo se derivaron, en política, del desarrollo conjunto de los principios de la libertad y la igualdad, y en ética, de la combinación de dos actitudes, la rebeldía anti-jerárquica y la simpatía por los sojuzgados. Pero la historia de la humanidad se ha construido también con negaciones. Muchos líderes políticos, como Lenin, insistiendo en la igualdad despreciaron la libertad, e influyentes moralistas populares, como Jesús de Nazaret, bendijeron la simpatía por los sojuzgados pero condenaron la rebeldía.

El desconcierto actual de las fuerzas democráticas y, en mayor medida, del ala izquierda procede en buena parte de su incapacidad para reconocerse en estos cuatro pilares y para estructurarlos. Cuando, tras la caída del muro de Berlín, Francis Fukuyama publicó su famoso ensayo, en un aspecto le hizo un favor, pero en otro la confundió aún más. Al decretar el fin de la historia, la izquierda más inquieta se sacudió la modorra y buscó el mecanismo que la relanzara. Pero al reabrir la herida del fin de las ideologías, la izquierda, movida por la misma reacción, pensó que debía recuperarlas, como si el resbaladizo concepto de ideología

formara parte inseparable de su identidad. Esto la ha conducido a un callejón sin salida.

En principio, la ambigüedad del término debería hacernos dudar de su utilidad. Lo he leído empleado en el sentido de doctrina política o económica, lo que le otorgaría un carácter técnico. La doctrina del libre comercio, la de la colectivización de los medios de producción o la de la nacionalización de la industria serían por tanto ideologías. En otros casos, con ella se alude a un modelo de sociedad, lo que más propiamente sería un ideal o, si se trata de un modelo detallado y acabado, una utopía, al estilo de la de Tomás Moro. Está muy extendido su uso como estudio de símbolos y significantes en su relación con los sujetos y las significaciones, lo que en semiótica se designa con el término más preciso de pragmática. Yo lo he utilizado varias veces, siguiendo a Marx, como conjunto de ideas y valores con el que un colectivo enmascara sus verdaderos intereses. De acuerdo con este sentido, el neoliberalismo sería una ideología, pues es un ideario que, amparado en la libertad y la competitividad, está justificando el traspaso del poder económico a los oligopolios y a las grandes corporaciones, donde la competitividad y la libertad se diluyen. Algunos autores proponen para referirse a este hecho la expresión, que considero demasiado vaga, de falsa conciencia. Y por último, se da un caso más vinculado con su etimología griega y con sus orígenes en los escritos de los *idéologues* franceses del siglo XIX, como Fourier, que significa ciencia de las ideas y que designa la expresión literaria del idealismo filosófico.

Conviene puntualizar que si bien el idealismo filosófico ha generado siempre un idealismo político y moral, también es frecuente un idealismo moral y político en los partidarios del empirismo.



Estoy convencido de que la izquierda necesita reencontrar sus principios, interpretarlos y desarrollar discursos para la fundación de proyectos que cumplan la función de una idea reguladora, e incluso para la ideación, por quienes dispongan de una imaginación fértil, de una pluralidad de utopías, lo-que-no-está-en-ningún-sitio. Pero si, paralelamente, se lanzara de nuevo en brazos del idealismo filosófico, estaría dando la espalda a los logros de la biología, la física, la geología, la química, la antropología, la neurología, la psicología... a todo lo que la humanidad ha comenzado a vislumbrar de la realidad gracias a la asunción de la teoría empírica del conocimiento.

En otras palabras, la izquierda, si quiere existir, deberá superar una disyuntiva: seguir deambulando como hasta ahora por el pantanoso terreno de la ideología o echar a andar, en dirección a los hermosos y huidizos ideales, por los senderos de la experiencia.

## 2. El rigor

El conocimiento es un viaje sin fin que uno puede emprender desde cualquier punto. Un individuo de inclinaciones científicas, por ejemplo un muchacho de Leganés, comenzó interesándose por los caballos tras una jornada con sus amigos en el hipódromo de la Zarzuela. En un manual de hípica, vio la serie de fotografías de un caballo al galope realizada por Muybridge en el siglo XIX. Desde entonces, hizo sus propias fotos de caballos, que reveló en su propio laboratorio artesanal con los químicos que él mismo había compuesto. De la química al estudio de la física sólo dista un palmo, y en una introducción a la física leyó por primera vez el nombre del materialista Demócrito, gracias al cual redescubrió la cuna griega de la civilización occidental y la democracia ateniense. En este momento de su largo periplo, nuestro muchacho de Leganés, como un arriesgado navegante de la Edad Media, ya tuvo en su cabeza un incompleto, inexacto y descabellado mapa del mundo, pero un mapa al fin y al cabo.

Sin embargo, el viajero no podría compartir el conocimiento adquirido si al mismo tiempo no hubiera realizado otro viaje, en este aspecto de dirección vertical, entre lo

personal y lo social, que habría afectado a su lenguaje. Si hubiera profundizado en un lenguaje personal, habría adquirido expresividad y nos encontraríamos ante un poeta. Si, como es el caso, se hubiera elevado hacia el lenguaje social, ganando en abstracción, se habría acercado al ideal del rigor científico, la formulación de verdades aceptadas por todos, con independencia de nuestros puntos de vista personales, intereses, emociones y sentimientos. Dos y dos son cuatro y Beijing es la capital de China, que está en el hemisferio norte.

Nuestro muchacho de Leganés ya se habría convertido en un humilde sabio. Que se le reconociera o no como tal, eso ya no importa.

Por desgracia, la realidad es otra. En el mapa que del mundo se ha hecho nuestro muchacho de Leganés, ya todo un hombre barbado, sólo hay tendones y músculos, hormonas y virus. Tras finalizar la educación secundaria, estudió veterinaria, se especializó en solípedos, y su tesis doctoral versó sobre la alimentación de la cría caballar en el Sistema Central. Ahora trabaja analizando muestras de orina, heces y sangre de caballos para la Comunidad de Madrid. Lo ignora casi todo de todo lo demás y su lenguaje ha adquirido una gran precisión técnica, que espera le sirva para pelear con sus colegas de departamento por un ascenso.

Es así como el conocimiento, dividido, subdividido, seccionado y colocado en la báscula del interés, degenera en un pseudolenguaje, una jerga, una burda falsificación del rigor científico que podríamos llamar *rigor mortis*, la expresión de los cadáveres.

### 3. La caída

La frontera que separa la salud de la enfermedad es muy tenue. Podría decirse que no existe, que la salud es un modelo ideal y que en realidad el estado natural del organismo vivo es la enfermedad, en distintos grados.

Si uno escucha sus pulsaciones, al cabo de un rato percibirá una pequeña arritmia, producto de un desajuste, o remedio de un desajuste, pero en ambos casos un síntoma. Es una disciplina no apta para hipocondríacos: escuchar nuestras arritmias (la hinchazón de nuestras extremidades tras una jornada de trabajo, las pequeñas varices que la fatiga produce en nuestros pies, las oscilaciones de nuestra temperatura corporal).

Pero mucho más difícil es escuchar las disfunciones de nuestra mente. En este caso, el síntoma no es el ruido, sino su atenuación. Algo comienza a fallar cuando, incapaz de resolver un problema, recorres una y otra vez el mismo camino en el laberinto, para acabar abocado al mismo callejón; cuando giras y giras las mismas ideas como un disco rayado. Las calles, rebosantes de personas y de luces, te parecen vacías, y no encuentras palabras para expresar pensamientos que apenas se esbozan. No sólo no hallas

los sencillos argumentos para rebatir un lugar común, sino que ni siquiera lo deseas. Acabas perdiendo la ilusión de la solución, pues el problema te parece vano. En su estado extremo, el silencio se impone. Has caído. Ya no escuchas la armonía disonante de la vida y no sientes compasión ni desprecio, placer ni dolor.

En ningún sitio he leído reflejada esta quiebra mental con tanta exactitud como en *The crack-up*, la introspección literaria de Scott Fitzgerald. No sólo porque la describa con términos precisos, sino también porque su estilo carente de brillo y tensión, desilusionado y tosco, pero con el sabor rudo de lo cierto, la demuestra por sí mismo: «Me encontraba de pie a la hora del crepúsculo en una extensión desierta, con un rifle descargado entre las manos y sin adonde disparar. No hay problemas, simplemente un silencio con sólo el sonido de mi propia respiración».

Deberíamos estar atentos a las disfunciones de nuestra mente, al disco rayado de nuestros pensamientos, a la música monótona que se atenúa y precede a la quiebra, el silencio.

Detente. Cierra los ojos y respira.

Llora si puedes.

Es hora de descansar.

#### 4. Literatura consciente

En conversación privada, un colega argumenta que, en una sociedad sana, la literatura de ficción no debería tratar la política, puesto que de ella se encargan ya los partidos, los sindicatos y los medios de información. Hay un elemento en esta frase que, instintivamente, me rebela, y enseguida observo que es el empleo del verbo «deber», que mi propio colega no tarda en sustituir: «En una sociedad sana, la literatura no *tendría por qué* tratar la política».

Estoy de acuerdo. En una sociedad sana, la literatura en efecto no tendría ninguna necesidad de tratar la política, porque de ella se encargan los partidos, los sindicatos, los periódicos... En una sociedad sana, pienso, la literatura tampoco tendría que tratar el sexo, porque de él ya se encargan los sexólogos y los educadores. Ni la religión, que cae bajo el dominio de los antropólogos y de los teólogos. Sucesivamente, del radio de acción de la literatura podríamos ir excluyendo la enseñanza, el trabajo, el amor, la tecnología, la moral, el deporte... En el último lugar de la lista, quizá deberíamos acabar mencionando aquello que es consustancial a la literatura, el lenguaje. A fin de cuentas, en una sociedad sana, del lenguaje pueden encargarse perfectamente los filólogos.

Nos encontraríamos, es cierto, en una sociedad sana, de donde habrían sido desterradas la enfermedad y la anomalía: una sociedad perfecta, acabada, cerrada, sin literatura.

Pero el argumento de mi colega parte de un vicio de principio, porque sin una literatura alerta, crítica y consciente, ¿cómo podríamos estar seguros de hallarnos en un mundo feliz y no simplemente en un mundo sin conciencia?

Claro que uno se pregunta por qué concedemos a la literatura la capacidad de alcanzar un nivel de conciencia más alto que la ciencia y que las demás artes. Encuentro un solo argumento, pero muy poderoso: la literatura permite integrar todos los planos de la realidad, desde la fantasía y las emociones hasta la experiencia y lo concreto, manteniendo la hegemonía del lenguaje, que es la herramienta y la expresión del pensamiento. De este modo, en la mejor literatura resuenan todos los ecos del hombre, se confunden y entran en conflicto, luchan, armonizados por la conciencia.